

DEPORTE Y ETNOGRAFÍA
Pensar la investigación social
entre los géneros

Julia Hang
Nemesia Hijós
Verónica Moreira

Compiladoras



EDITORIAL GORLA



Primera edición © 2021 EDITORIAL GORLA

Raúl Scalabrini Ortiz 48
Ciudad Autónoma de Buenos Aires (1414)
República Argentina
Teléfono: +5411 4170 2943
Email: editorialgorla@hotmail.com
Web: www.gorlaeditorial.com.ar

Diseño de tapa y diagramación: Lucas Collosa

Esta publicación no puede ser reproducida en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor.

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Derechos reservados

ISBN

ÍNDICE

PRÓLOGO

**Asumir la propia condición de género en el campo,
un legado feminista**

Carolina Spataro / 9

INTRODUCCIÓN

**Deporte y etnografía: pensar la investigación social
entre los géneros**

Julia Hang, Nemesia Hijós y Verónica Moreira / 17

Etnografiar la política siendo mujer y feminista

Julia Hang / 33

Atajar y estudiar

Gabriela Garton / 61

Te queremos como *influencer*

Nemesia Hijós / 93

“Máster, ¿a qué hora termina el entrenamiento?”

Martín Álvarez Litke / 129

De la cancha al ring

Verónica Moreira / 153

**¿Cómo puedo yo, un hombre cisgénero y heterosexual,
hablar y describir experiencias transmasculinas?**

Maurício Rodrigues Pinto / 181

**Entre semejantes: límites a la investigación en un
campo conocido**

Gustavo Andrada Bandeira / 209

Hombre estudiando hombres

José Garriga Zucal / 231

Memorias de un hombre que mira a otros hombres

Juan Bautista Branz / 247

AUTORXS / 261

HOMBRE ESTUDIANDO HOMBRES

José Garriga Zucal

Reflexionar sobre la reflexividad, un juego de palabras que condensa el objetivo de este trabajo. Mucho se ha dicho y escrito sobre la reflexividad en los últimos años: cursos, libros y artículos. Por decenas, cientos y miles. Diferentes nociones y distintas aplicaciones de ésta pueblan una geografía ahora superpoblada. Tierra explorada desde antaño pero no nominada. Contribuimos a esta superpoblación con un aporte nada original en lo conceptual pero que intenta favorecer el proceso de interpretación de los condicionamientos del investigador en su proceso de conocimiento. De modo esquemático –simplista, sin dudas– entendemos a la reflexividad como la objetivación de las condiciones en las que producimos conocimiento. Analizaremos, transversalmente en un recorrido zigzagueante, tres de las tantas objetivaciones necesarias. La primera –y la más transitada por la bibliografía– es la que problematiza la relación e interacción del investigador con sus sujetos de estudio. La segunda ilumina los condicionamientos teóricos y cómo los conceptos que utilizamos moldean los datos que construimos. La tercera obliga a ubicar al investigador en un mundo relacional múltiple que supera sus deseos académicos, y que limita de formas diversas el conocimiento que tenemos sobre los temas que decidimos –¿decidimos?– investigar. Nuestro desafío es contribuir a comprender los límites del conocimiento social al

objetivar al investigador; la dimensión de género de estos límites –tema que recorre esta compilación– aparece con fuerza en el primero y último recorrido, velado, tal vez, también está presente en el segundo.

Realicé dos trabajos de investigación con “barras”. Así se autoidentifican los grupos organizados de espectadores que acompañan a los clubes de fútbol en la Argentina. Son denominados “barras bravas” por los medios de comunicación y responsabilizados por el fenómeno de la “violencia en el fútbol”. En 1999 interactué con integrantes de la “barra” del Club Colegiales, y en 2004 inicié un trabajo con miembros de la “barra” del Club Atlético Huracán que se extendió hasta 2008. En ambas oportunidades intenté comprender los sentidos nativos de las prácticas violentas (Garriga Zucal, 2001; 2008).

Hace veinte años empecé a interactuar con “barras”. Era joven y mis informantes, todos varones, aún más jóvenes, no llegaban ni a cumplir veinte años. Luego de los partidos nos juntábamos a ver la televisión, esperando el resumen deportivo, mientras compartíamos bebidas alcohólicas. La cerveza, el vino y los recuerdos de peleas con otras “barras” se extendían hasta bien entrada la noche. Luego del resumen, la televisión se apagaba y encendíamos un equipo de música, donde la cumbia hegemonizaba el encuentro. Obviamente se charlaban de otros temas en estas largas veladas, relatos sexuales o pequeñas incursiones delictivas, pero de lo que más hablaban era de peleas. Con lujo de detalles, uno por uno, respetando órdenes contruidos según la jerarquía grupal, recordaban enfrentamientos corporales, emboscadas, piedrazos. En un despintado garaje sin autos, alrededor de diez o quince jóvenes –vestidos con ropa deportiva y camisetas de su club– entraban y salían durante toda la noche. Una mesa inestable, sillas diferentes, vasos de plástico, una televisión y un equipo de música completaban el escenario de nuestras reuniones. Este lugar, pequeño y ati-

borrado de papeles de la madre del anfitrión, se intoxicaba de alcohol, humo de cigarrillos y alardes de “combates”; término que usaban para referirse a las peleas con otras “barras”.

Cuando realizaba ese mismo trabajo de campo, insumo para mí tesis de grado en antropología, aconteció un incidente que marcaría mi interpretación sobre la masculinidad grupal. Ya había acontecido el primer ejercicio de descentramiento. Viajábamos, en un micro desvencijado, unos cuarenta hinchas varones, un estudiante de antropología y tres mujeres, novias de alguno de esos cuarenta hinchas. Volvíamos de un partido que el club al que seguíamos había jugado a más de 50 kilómetros de nuestro estadio; nos esperaba un largo viaje de regreso. Los miembros de la “barra” sacaban su cuerpo por las ventanas cantando y golpeando el techo del micro al ritmo de canciones que alardeaban de la masculinidad grupal referenciada en viejos “combates”. Habíamos recorrido unas pocas cuadras cuando un puñado de hinchas rivales apareció amenazando y arrojando algunas piedras en la zona aledaña a una estación del ferrocarril. Los cuarenta “barras” que viajaban en el micro bajaron por las puertas o, directamente, se arrojaron por las ventanas para iniciar una persecución frenética. Los tres policías que en un patrullero custodiaban nuestro regreso miraban atónitos las corridas. En menos de cinco minutos, los “barras” protagonizaron escaramuzas varias por la estación del ferrocarril, enfrentándose con otros espectadores y con los refuerzos policiales que rápidamente habían llegado hasta la zona.

En esos pocos minutos que duró el enfrentamiento, quedé dentro del micro con el chofer —preocupado por la “salud” de su vehículo—, y las tres mujeres jóvenes. Se sucedían las corridas por el andén, las pedradas y los policías amenazaban con sus armas de fuego abrir una balacera. La policía logró reunir a los “barras”, obligándolos a subir al micro. En estado de éxtasis cantaban que habían vencidos a los rivales, que estos eran co-

bardes y que ellos eran hombres valientes. Varios autos policiales nos escoltaron hasta una autopista y allí, menos eufóricos, empezaron –uno a uno– a relatar su participación en el reciente enfrentamiento.

Hace veinte años descubrí que los “barras” alardeaban de su participación en esos enfrentamientos como prueba de su masculinidad. En sus relatos hacían mención a la relación entre hombría y “combates”, vinculando la valentía con masculinidad. Sin embargo, esas evidencias más que notorias quedaban, para mí, muchas veces opacadas en la vorágine de los detalles sangrientos. Los recuerdos de peleas se pintaban con el color de la sangre, el olor a pólvora o el rancio sudor del enfrentamiento. Imágenes que eran, en mi opinión, incomprendidas, ya que interpretaba las escenas como un desgaste innecesario de energía: “una pavada” que no conducía a ningún puerto. No podía comprender los sentidos de las peleas ya que estas eran –para mí– un pasatiempo estéril e improductivo. Pensaba cómo pueden arriesgar su vida por una cuestión tan insignificante como un club de fútbol, sosteniendo que sería más productivo estar “tirando piedras a la Casa Rosada”. Entendía, desde la posición política que profesaba por esos días –un trotskismo visceral, con algunas participaciones fugaces en partidos de izquierda en la universidad–, que los jóvenes debían gastar su tiempo y salud en cuestiones que yo consideraba más importantes.

Un doble movimiento aconteció para que interpretara esos relatos en clave masculina. Por un lado, cuando ordenaba los datos construidos en esas reuniones, advertí algo extraño: participaba de las mismas contando experiencias relacionales con mi pareja de entonces. En síntesis, noté que hablaba –mucho– de mi novia. En esas veladas construía mi masculinidad en los recuerdos de mi relación de pareja. Mis informantes hablaban de peleas y yo de mi novia. Por esos años, había tenido experiencia en peleas a golpes de puños, como jugador de rugby o

en algún local nocturno, pero estas no eran para mí una prueba de hombría. Por otro lado, ser el único varón –con excepción del chofer– que no bajó a pelearse me sirvió para dar cuenta que la masculinidad grupal se construía en la participación de esos “combates”. Mi masculinidad y las identidades de género de las mujeres transitaban otro camino. Miraba y observaba –nervioso y asustado– el enfrentamiento. Era un espectador, un actor pasivo. Como varón era cobarde, según la mirada de los “barras”, y si la masculinidad se probaba a los golpes, era un no hombre. Observar con miedo y nerviosismo el enfrentamiento me sirvió para dar cuenta que las construcciones masculinas de los “barras” podían valerse de los relatos de peleas para ubicarse en un mundo de hombres, pero la pertenencia al mismo se probaba en los “combates”. Todos los varones del micro bajaron a pelearse. Ninguno podía hacer referencia a las peleas sino peleaba.

Así fui entendiendo cómo construían su masculinidad de formas diferentes a la mía, y empecé a observar y a registrar, los vínculos que hacían los “barras” entre hombría y peleas. Para que esto suceda realicé una operación reflexiva –instintiva y asistemática–. Noté que mi interpretación de las peleas y de las “barras” estaba condicionada por lo que pensaba de estos. Dar cuenta de las condiciones socioculturales de mi conocimiento me permitió un movimiento de descentramiento. Dicho ejercicio era un eslabón de la necesaria relativización del mundo del investigador. Godelier (2014) sintetiza la necesidad de este ejercicio de forma espléndida:

Entendemos por ciencias sociales diversos modos del pensamiento reflexivo cuyo objetivo es analizar y comprender la naturaleza y funcionamiento de las formas de vida social que la humanidad, en el transcurso de la historia, ha concebido para reproducirse, así como las maneras de pensar, actuar y sentir que esas formas de vida

social implican o implicaban. Es un trabajo difícil que demanda a quien se entrega a él descentrarse voluntariamente, abstraerse de los presupuestos sociales y culturales de que cada uno está impregnado por su nacimiento en tal o cual sociedad y por la vida que ha llevado en ella. (2014: 59).

Suspendidos mis juicios, me propuse analizar cómo se construyen estas masculinidades. Un camino que empecé a recorrer guiado, sin dudas, por las lecturas que, en mi formación universitaria, tanto habían insistido con la diversidad cultural. Así fue como el primer ejercicio de descentramiento fue un ejercicio de reflexividad. Comparar mi masculinidad con la de los miembros de la “barra” me permitió ampliar los límites de mi comprensión del problema, logrando familiarizar lo exótico al evaluar mi interpretación de los actores con los que interactuaba. Podríamos sostener que pensábamos sobre la reflexividad sin citarla.

Aquí cabe aclarar otra cuestión. Cuando superé mis prejuicios para con los “barras”, la empatía que generé con algunos de sus miembros fue, también, lentamente restringiendo mi conocimiento sobre el tema.

Cuando hice mi tesis de grado, a fin de obtener el título de Antropólogo Social, no trabajé el concepto de reflexividad ni tampoco experimenté una sola preocupación sobre mi lugar en las relaciones de campo. Esas discusiones teóricas no habían aún invadido mis pensamientos. No sé si no estaban aún a mano de los estudiantes, o solo llegaban a cuentagotas o, simplemente, estaban vedadas en los pasillos de Puan, donde estudiaba. Ignoraba, para entonces, buena parte de las discusiones sobre la reflexividad en el trabajo antropológico. Discusiones secundarias o casi ausentes en la formación de grado de los antropólogos en la Universidad de Buenos Aires a fines del siglo pasado. Sin embargo, a posteriori, en la formación de posgrado

y en sucesivas lecturas, las discusiones teóricas sobre la necesaria reflexividad antropológica fueron apareciendo y ganando densidad. Recorrer otros pasillos y experimentar nuevos aires teóricos orientaron mis lecturas hacia ese camino. En 2003 inicié mis estudios de maestría en la UNSAM, posgrado dirigido por Pablo Semán y Rosana Guber, ambos, de formas diferentes, invitaban a la reflexión sobre el lugar del investigador en la construcción de los datos. Rosana Guber –quien me dirigió en una beca obtenida en el Consejo Nacional de Ciencia y Técnica (CONICET)– fue una influencia ineludible en este recorrido reflexivo. Tanto es así que, para 2003, junto a Verónica Moreira, realizamos un trabajo comparativo, analizando, entre otras cosas, nuestro lugar en las interacciones de campo. Cabe mencionar que la dimensión de género no tenía aún un lugar privilegiado en nuestro ejercicio reflexivo. Nos interesaba, entre otras cuestiones, pensar cómo habíamos sido definidos por nuestros informantes, notando que, a pesar de las diferencias de género, los datos construidos tenían muchas similitudes (Garriga y Moreira, 2003).

La llegada de la reflexividad era una estrategia más del descentramiento. Servía –eso aprendimos en esa maestría– para mejorar el análisis de los datos y, sabiendo, que nunca debía ser usado para ensalzar la figura del investigador. Analizar las implicancias del “estar allí” –figura de legitimación del saber antropológico– era la operación necesaria para comprender que los datos se construían en relaciones situadas en tiempo y espacio. Lejos estaba de nuestro deseo construir la figura del héroe antropológico: “abnegado investigador se sacrifica para el avance de nuestra ciencia”.

Lentamente, la reflexividad en su dimensión de género –qué significa ser hombre en un campo de hombres– empezó a conquistar algunas dimensiones de mi análisis: qué podía ver y qué no, qué me decía y que nunca me dirían como “hombre entre

hombres”. Entendí, por ejemplo, que en tanto hombre condicionaba las interacciones con mis informantes hombres, pues me contaban cosas –sobre peleas, valentía, coraje y hombría– que luego no hacían. La distancia entre las cosas que hacían y decían estaba vinculada a la interacción entre hombres, pero servía, por sobre todas las cosas, para dar cuenta del carácter múltiple de esta masculinidad. La reflexividad me ayudó a construir una masculinidad compleja, atiborrada de bordes y matices. La reflexividad, entonces, resultó un insumo indispensable para comprender cómo los datos se construyen en la interacción de campo con mis interlocutores. Siguiendo las instrucciones de Guber (2001), logré problematizar las condiciones socioculturales de las relaciones en el trabajo de campo y concebir, así, al proceso de conocimiento como intersubjetivo y contextual.

Sin embargo, cuando la reflexividad tomó un lugar importante en mis investigaciones, lo hizo, de forma parcial, de buenas a primeras. No fui capaz de reflexionar sobre cómo los enfoques teóricos y las lecturas también construían los datos. Guber (2013), al analizar cómo las referencias teóricas y bibliográficas y las influencias académicas de Esther Hermitte estructuraron su tesis de doctorado, ilumina la dimensión sobre la reflexividad que en mi trabajo había quedado opacada. Cuesta, Iuliano y Urtasun (2018) utilizan la noción de *atmósfera teórica* para alertar sobre la necesidad de sumar a la reflexividad la adopción/adscripción a perspectivas teóricas. La bibliografía que había trabajado para mi trabajo de licenciatura, aconsejada por Sergio Visacovsky y Pablo Alabarces, eran los trabajos de Archetti sobre fútbol, masculinidad y nación, y los de Bourdieu y Badinter sobre masculinidad. Estas perspectivas teóricas –sobre todo la de Bourdieu–, aunque lentas, inexorablemente fueron apoderándose de mi enfoque analítico.

Guiado por esta perspectiva, analicé los vínculos entre peleas y masculinidad, sin darle significativa relevancia a la perspectiva nativa. En la *atmósfera teórica* donde transitaban mis investigaciones se buscaba –detrás de las palabras de mis interlocutores– los motivos reales que guiaban la acción, entendiendo que los actores hacían lo que hacían por motivos que no expresaban.

En la investigación con las “barras” primó un interés: dar cuenta de las razones de las peleas. Discutiendo con aquellos que interpretaban estas acciones como muestra de salvajismo o barbarie, deseaba –y deseo– mostrar los sentidos, lógicas y significados que quedan reducidos a nada para estas interpretaciones. Por ello, planteaba que el desafío era analizar cómo se usa la violencia, cómo se construye en un *recurso* y para qué sirve. La noción de *recurso* llevaba la violencia para el camino de la racionalidad, pero había otros caminos analíticos no transitados. Ferrel (2004) sostiene que algunas formas delictivas –podríamos aquí incluir las peleas de los “barras”– pueden ser interpretadas como una desesperada búsqueda de incertidumbres, de ruptura con el tedio de la socialización rutinaria. Estas prácticas son mojonos de la pasión que buscan romper la maquinaria del aburrimiento. La diversión, el placer y el goce aparecen como dimensiones significativas del análisis.

Comprendí, entonces, que esta dimensión no había sido analizada en varios de mis trabajos. Entiendo que –al priorizar la discusión con las interpretaciones del sinsentido– sobrevaloré la noción de *recurso*. Esta discusión –batalla férrea contra el sentido común político más que académico– opacó la dimensión analítica del placer/goce/entretenimiento, ya que estos parecían argumentos débiles para combatir la representación del salvajismo. La noción de *recurso*, que asociaba la identidad a la racionalidad de las prácticas, tenía la capacidad de incluir en un mundo de iguales –el de los civilizados/modernos/pen-

santes— a los que cometían actos violentos. La sobrevaloración de la razón jugó un rol central en el olvido del placer/goce/entretenimiento como dimensión analítica.

Pero mis intenciones político-académicas se sostenían en perspectivas teóricas. En varias oportunidades, los “barras” me decían cosas que no escuchaba, asociaciones entre prácticas y sentidos a los cuales no les prestaba nada de atención. Creía, ubicado en la posición teórica de la sociología crítica, que la tarea del investigador era descubrir qué había detrás de la *illusio* de los actores. Me interesaba descubrir las razones de la acción que movía a los actores, pero siempre suponiendo que ellos las desconocían. Desde ese punto de partida, muchas de las palabras de mis interlocutores no tenían sentido, ya que había lógicas irreflexivas que se ocultaban detrás de justificaciones y otras valoraciones imprecisas. Había que buscar lo oculto.

En este caso, la reflexividad sobre la *atmósfera teórica* permite recuperar la perspectiva nativa sin pensar que existe algo oculto. Renoldi (2014) retoma la propuesta de la antropología simétrica de Viveiro de Castro a fin de reflexionar sobre la interpretación de la relación entre los discursos nativos y los analíticos, y dice:

El concepto de “simetría”, aplicado al trabajo etnográfico, parece ser una tendencia contraria a cierto evolucionismo intelectual en el que se funda el pensamiento científico moderno al afirmar que puede acceder a la lógica oculta, a las verdaderas razones que mueven a los actores, al trasfondo de los secretos que nos permitiría acceder a las esencias que justifican el accionar; ese mismo pensamiento que cree que puede poner las prácticas al descubierto como expresiones de esquemas ocultos profundamente incorporados que crean repetición, reiteración, reproducción; que puede notar la diferencia entre lo que ellos creen y lo que en realidad es; que

puede atribuir ritos y mitos como si se tratara de formas prolijas de referirse a lo ilusorio y por eso a lo no real; que puede considerar lo socialmente construido (representaciones, por ejemplo), así como lo socialmente inventado (hechicería, por ejemplo), como productos no reales, o lo que es peor, como falsos o engañosos; y por fin, que puede sostener que el pensamiento científico domina conceptos, mientras el nativo se encuentra eternamente preso de categorías de pensamiento. (Renoldi, 2014: 132).

Las matrices teóricas que utilicé antaño –sujetas al evolucionismo intelectual que menciona Renoldi– promovían la búsqueda de las lógicas ocultas. Se torna imprescindible otorgar credibilidad a los actores con los que trabajamos y no desvivirnos por descubrir lo opaco. El segundo descentramiento, aquí ya guiado por la reflexividad, fue una preocupación tardía –tal vez, demasiado tardía– sobre cuánto y cómo la teoría construye nuestros objetos.

Hace quince años me encontraba realizando una nueva investigación con otra “barra”; mientras caminaba con un joven por las calles de Pompeya, y, al ver pasar una jovencita, me empiezo a relatar las relaciones sexuales del jefe de su grupo. Con una dosis de envidia enumeró “conquistas” sexuales que, para él, por calidad y cantidad, solo se justificaban por ser el jefe de la “barra”. Hizo mención a sus condiciones: sobrepeso, edad y cuestiones estéticas. Empecé a percibir y, al mismo tiempo, registrar que los límites del reconocimiento ganado en las peleas superaban los límites de la “barra” y que esta masculinidad era, también, una herramienta en interacciones múltiples. Utilicé estos datos para reflexionar sobre las formas masculinas de las “barras” y analizar los porosos límites de aquellos grupos cuyas fronteras se presentan por propios y ajenos como tabicadas.

Durante varios años, a fin de explicar estas cuestiones –sobre todo la eficacia de una masculinidad que usaba las peleas para construirse–, decía: “El jefe de la barra de Huracán tiene numerosas conquistas sexuales, sustentadas en su reconocimiento como tal, que supera los límites del grupo”. De diferentes formas –algunas más guarangas y otras más jocosas–, presenté este dato durante mucho tiempo en mis clases y eventos académicos, hasta que un día una estudiante me interrumpió y me hizo ver algo que hasta ese momento no veía. La forma en que construía el dato suponía una representación de género que imaginaba a las “conquistas” como pasivas, como algo conquistado, olvidando la agencia de estas mujeres. La estudiante no me lo dijo así, fue más concreta y menos correcta: “seguro que las pibas se lo querían garchar a Daniel”. Un cimbronazo.

La sacudida era/es causa y efecto de la agenda social en la Argentina de los últimos cuatro años. Vientos y huracanes han puesto sobre la mesa una necesaria reflexión sobre la dominación de género, el/los patriarcados y los desafíos de la construcción de una sociedad igualitaria. En esta deconstrucción volví –una y otra vez– sobre los datos construidos con los “barras” a fin de entender cómo mi masculinidad había moldeado los datos y mi interpretación de los mismos. El clima de época, la deconstrucción social que tuvo su réplica en el seno de mi familia y las lecturas de Ursula K. Le Guin acompañaron y/o aceleraron este proceso. *La mano izquierda de la oscuridad*, novela de Le Guin (1989), estalló las nociones de masculinidad que me trazaban con más fuerza que obras clásicas de la antropología sobre las que siempre volvía; *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas* (Mead, 1982) para dar un ejemplo. Como investigador estaba inserto en un remolino que me incitó a volver a las notas de campo, descubriendo que muchas de ellas fueron cocinadas al calor de la masculinidad compartida y de las lógicas heteronormativas. Las reflexiones que inician

este trabajo son un ejemplo –brutal– de esto. Cuando comprendí que las peleas y sus relatos eran formas de masculinidad de “la barra”, del hacerse hombres mostrando, exhibiendo, lo hice comparando la masculinidad de este joven investigador que, al hablar de su novia, también probaba su hombría. ¿Para qué hablaba de mi novia en esos contextos? Hoy, muchos años después, entiendo que mi participación funcionaba con la misma lógica: la de prueba. Hombres que prueban ser hombres de diferentes maneras. Pero siempre teniendo que probar: testimonios y testigos. Dos masculinidades que parecían diferentes funcionaban con lógicas similares. Este ejercicio de reflexividad, más que tardío, permite dar cuenta de lógicas compartidas e invisibilizadas. La construcción de la distancia analítica nos lleva, a veces, a olvidar lo que compartimos con nuestros interlocutores. En este caso pude dar cuenta de las condiciones de producción de mi conocimiento gracias a los huracanes de la agenda social.

Así, podemos una vez más repensar cómo los datos son construidos en interacciones, pero, también, y tal vez principalmente, mejora la comprensión del fenómeno investigado al ubicar al investigador en agendas de discusión que guían nuestras miradas.

En este caso, mejorar la interpretación de nuestros datos no tiene como objeto escribir mejores artículos o tesis. Los cientistas sociales no solo escribimos. Este ejercicio de reflexividad otorga herramientas que mejoran la comprensión del investigador en sus tareas de extensión, docencia, transferencia y en la inmersión siempre compleja en el mundo de las políticas públicas.

Cerrando este recorrido, anhelo que estas líneas no se interpreten como un mero anecdótico narcisista. Tres grandes objetos me movilizaron. Por un lado, promover la necesaria e ineludible reflexividad de los investigadores sobre el pro-

ceso de conocimiento. Para ello, demostré que la mejor interpretación del fenómeno de las peleas de las barras se fue realizando a medida que fui ganando herramientas analíticas. El tiempo cambió algunos ejes, agregando nuevas miradas y nuevas lecturas. Es necesario volver sobre lo que produjimos para interpretar los contextos de producción y su incidencia sobre nuestra producción. Es necesario alertar que muchas de las ideas que expongo son también el resultado de mi propio devenir en el mundo académico y que, seguro –por desconocimiento y por ubicación en esta geografía–, no podría haberse realizado antes.

Por otro lado, la necesidad de pensar la reflexividad en sus múltiples dimensiones. Para ello, intenté ubicar al investigador en un enjambre de interacciones. Múltiplemente relacionado –vínculos incoherentes y desarticulados– con la política, la práctica deportiva, el mundo académico, las lecturas académicas o no, y las agendas sociales. Los personajes que pueblan estas páginas son solo una muestra de las interacciones que nos forman y que nunca pueden resumirse al mundo académico. Además, espero haber mostrado que el proceso de conocimiento no puede reducirse ni al momento de trabajo de campo, ni al de la escritura, ni al de la reflexión teórica. Como el proceso de conocimiento es continuo, nuestras alertas también deben serlo.

Por último, vinculado directamente al punto anterior, pero escindido de este por su relevancia, nuestro trabajo señala cómo las agendas sociales marcan debates y discusiones; aires, vientos o huracanes que nos empujan, nos arrastran y forman nuestras miradas. Es en este sentido que las agendas teóricas y sociales –usos regulados de un tiempo determinado–, incluidas las que motivan el proyecto de este libro, deben ser evaluadas y pasadas por el tamiz de la reflexividad. Así, por más relevante y necesario que sea un debate, debemos pensar/conocer qué habilita y qué obtura cada una de las decisiones que vamos tomando. Y

debemos intentar, aunque sabemos que es difícil, ser juiciosos, sensatos y prudentes en estas decisiones. Sabemos que cuando tomamos un camino desechamos otros, pues conocer lo más que podemos lo desechado nos hace mejores caminantes.

Si el lector no se siente interpelado para transitar alguno de estos senderos y se sumerge en el lodo de la anécdota intrascendente, tal vez, lo mejor sea que este artículo quede en el olvido.

Bibliografía

- Cuestas P., Iuliano, R. y Urtasun, M. (2018). "Nuevas fuentes de la imaginación sociológica: la operación reflexiva y la construcción del objeto etnográfico". En: Piovani J. y Muñiz Terra, M: (comps.), *¿Condenados a la reflexividad? Apuntes para repensar el proceso de investigación social* (pp. 175-204). Buenos Aires: Clacso.
- Ferrell, J. (2004). "Aburrimento, crimen y criminología". *Theoretical Criminology*, 8(3), 297-302.
- Garriga Zucal, J. (2001). *El aguante: Prácticas Violentas e identidades de Género Masculino en un grupo de simpatizantes del fútbol argentino*. Tesis de Licenciatura en Antropología, Universidad de Buenos Aires, mimeo.
- Garriga Zucal, J. (2008). *Entre piñas, piedrazos y patadas". Prácticas violentas y mecanismos de identidad de una hinchada de fútbol*. Tesis de Doctorado en Antropología, Universidad de Buenos Aires, mimeo.
- Garriga J. y Moreira, M. V. (2003). "Dos experiencias etnográficas: similitudes y diferencias en el universo de las hinchadas de fútbol en argentina". *V Reunión de Antropología del Mercosur*. Florianópolis: Universidade Federal de Río Grande do Sud.

- Godelier, M. (2014). *En el fundamento de las sociedades humanas. Lo que nos enseñó la antropología*. Buenos Aires: Amarrortu.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Editorial Norma.
- Guber, R. (2013). *La articulación etnográfica. Descubrimiento y trabajo de campo en la investigación de Esther Hermitte*. Buenos Aires: Biblos.
- Le Guin, U. (1989). *La mano izquierda de la oscuridad*. Barcelona: Minotauro
- Mead, M. (1982). *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*. Barcelona: Paidós.
- Renoldi, B. (2014). “El secreto, el informante y la información: indagaciones reflexivas sobre la etnografía y la investigación policial”. En: Guber (comp.), *Prácticas Etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo* (pp. 113-139). Buenos Aires: Miño y Dávila.